

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

el cura fue el primero que le dijo:

-Deteneos, señora, quienquiera que seáis, que los que aquí veis sólo tienen intención de servirlos: no hay para qué os pongáis en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir.

A todo esto ella no respondía palabra, atónita y confusa. Llegaron, pues, a ella, y, asiéndola por la mano, el cura prosiguió diciendo:

-Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola a tanta soledad como es ésta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio a vuestros males, a lo menos para darles consejo, pues ningún mal puede fatigar tanto ni llegar tan al extremo de serlo (mientras no acaba la vida), que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intención se le da al que lo padece. Así que, señora mía, o señor mío, o lo que vos quisierdes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado y contadnos vuestra buena o mala suerte, que en nosotros juntos, o en cada uno, hallareis quien os ayude a sentir vuestras desgracias.

En tanto que el cura decía estas razones estaba la

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

disgrazada moza como embelesada, mirándolos a todos, sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y de él jamás vistas. Mas volviendo el cura a decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo:

- Pues que la soledad de estas tierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, sería más por cortesía que por otra razón alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habéis hecho, el cual me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me pedido, puesto que temo que la relación que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasión, la pesadumbre, porque no habéis de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito,

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera.

Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecía, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discreción que su hermosura. Y tornándole a hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y, puestos los tres alrededor de ella, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que a los ojos se le venían, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida de esta manera:

- En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman «grandes» en España. Éste tiene dos hijos: el mayor, heredero de su estado y, al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor no sé de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vallido y de los embustes de Galatón. De este señor son versalles mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si las bienes de su naturaleza igualaran a los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca

(4)

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que a mí me quiten la imaginación que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza malsonante y, como suele decirse, cristianos viejos rauciosos, pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme a mí por hija; y así por no tener otra ni otro que los heredase como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez y el sujeto a quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los males, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto. Y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibían y despedían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía pasaba por mi mano, los molinos de aceite, los lagares del vino, el número

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

del ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente, de todo aquello que un tan rico Labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solícitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré a encarecerlo. Los ratos que el día me quedaban después de haber dado lo que convenía a los mayordomos, a capataces y a otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto, o a tocar una harpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Ésta, pues, era la vida que yo tenía en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contando no ha sido por ostentación ni por dar a entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es, pues, el caso que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna de los criados de casa, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vían mis ojos más tierra de aquella donde ponía los pies,

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

y, con todo esto, los del amor, o los de la ociosidad, por mejor decir, a quien los de lince no pueden igualarse, me vieron, puestos en la solicitud de don Fernando, que éste es el nombre que del hijo menor del duque que os he contado.

No hubo bien contado a don Fernando la que el cuento contaba, cuando a Cardenio se le mudó el color de piel, y comenzó a trasudar, y estarse quedo, mirando de hito en hito a la labradora, imaginando quién ella era, la cual, sin advertir en los motivos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo:

-Y no me hubieron bien visto, cuando, según él dijo después, quedó tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien a entender sus demostraciones. Mas por acabar presto en el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dio y ofreció dádivas y mercedes a mis parientes; los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dejaban dormir a nadie las músicas; los billetes que sin saber cómo a mis manos venían eran infinitos, llenos de ena-

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

moradas razones y ofrecimien-
tos, con menos letras que promesas
y juramentos. Todo lo cual no sólo
nos me ablandaba, pero me endu-
recía de manera como si fuera mi
mortal enemigo y que todas las o-
bras que para reducirme a su vo-
luntad hacía las hiciera para el
efecto contrario; no porque a mi me
pareciese mal la gentileza de don Fer-
nando, ni que tuviese a demerá
sus solicitudes, porque me daba un
no sé qué de contento verme tan que-
rida y estimada de un tan princi-
pal caballero, y no me pesaba ver
en sus papeles mis alabanzas (que
en esto, por feas que somos las mu-
jeres, me parece a mi que siempre
nos da gusto de oír que nos lla-
man hermosas), pero a todo esto
se opone mi honestidad, y los con-
sejos continuos que mis padres me
que daban, que ya muy al descu-
bierto sabían la voluntad de don

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

Fernando, porque ya a él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que había entre mí y don Fernando, y que por aquí echaría de ver que sus pensamientos (aunque él dijese otra cosa) más se encaminaban a su gusto que a mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algún inconveniente para que él se dejase de su injusta pretensión, que ellos me casarían luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar como de todos los circunvecinos, pues todo se podía esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estas ciertas promesas, y con la verdad que ellos me decían, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder a don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todas estas recatos míos, que él debía de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraba, y la cual, si ella fuera como debía, no la supierades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasión de decíroslo. Finalmente, don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

9

quitalle a él la esperanza de poseerme, o a lo menos que porque yo tuviese más guardas para guardarme, y esta nueva o sospecha fue causa para que hiciese lo que ahora oiréis. Y fue que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servía, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio de estos recatos y prevenciones y en la soledad de este silencio y encierro me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua; y, así, no fui poderosa de dar voces, ni aun él creó que me las dejara dar, porque luego se llegó a mí y, tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme, según estaba turbada), comenzó a decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacia el traídor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intención. Yo, pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo a tener por verdaderas tantas falseades, pero no de suerte que me moviesen a compasión menos que buena sus lágrimas y suspiros; y así, pasándome aquel sobresalto primero, torné algún tanto a cobrar mis perdidos espíritus y, con más ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije:

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

« Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un león fiero, y el librarme de ellos se me asegurara con que hiciera o dejara cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella o decilla como es posible dejar de haber sido lo que fue. Así que si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo vetas, si con hacermne fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava; ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshacrar y traer en poco la humildad de la mía; y en tanto me estimo yo, villana y laboradora, como tú, señor y caballero. Con migo no han de ser de ningún efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme. Si alguna de estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, a su voluntad se ajustara la mía, y mi voluntad de la suya no saliera; de modo que, como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado le entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras. Todo esto he dicho porque no es pensar que de mí alcance cosa

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

alguna el que no fuere mi legítimo esposo." "Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea (que este es el nombre de esta desdichada)", dijo el desleal caballero, "ves aquí te doy la mano de serlo tu yo, y sean testigos de esta verdad los cielos, a quien ninguna cosa esconde, y esta imagen de Nuestra Señora que aquí tienes."

Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo a sus sobresaltos y acabó de confirmar por verdadera su primera opinión, pero no quiso interrumpir el cuento, por ver en qué venía a parar lo que él ya casi sabía; sólo dijo:

—¿Que Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oído yo decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen.

Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna casa de su hacienda sabía, se la dijese luego, porque si algo le había dejado bueno la fortuna era el ánimo que tenía para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que a su parecer ninguno podía llegar que el que tenía acrecentase un punto.

—No le perdiera yo, señora — respondió Cardenio —, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino; y hasta ahora no se pierde conjetura, ni a ti te importa nada el saberlo.

—Sea lo que fuere — respondió Dorotea —, lo que en mi cuento pasa fue que tomando don Fernando una imagen que en aquel aposento

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

estaba la puso por testigo de nuestro desposorio; con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dio la palabra de ser mi marido, puesto que antes que acabase de decírselas le dije que mirase bien lo que hacía y que considerase el enojo que su padre había de recibir de verle casado con una villana, vasalla suya; que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algún bien me quería hacer, por el amor que me tenía, fuese dejar correr mi suerte a lo igual de lo que mi calidad podía, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y obran muchas que no me acuerdo, pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien así como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo a esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije a mí misma: "Sí, que no será yo la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde a grande estado, ni será don Fernando el primero a quien hermosura, o ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual a su grandeza. Pues si no hago ni mucho ni uso nuevo, bien es acudir a esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en éste no dure más la voluntad que me muestra de wanto dure el cumplimiento de su deseo; que, en fin, para con Dios será su esposa. Y si quiero con desdenes despedirle, en

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

término le veo que, no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré a quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podía dar el que no supiere cuán sin ella he venido a este punto: porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir a mis padres, y a otros, que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mío?" Todas estas demandas y respuestas resolví yo en un instante en la imaginación; y, sobre todo, me comenzaron a hacer fuerza y a inclinarme a lo que fue, sin yo pensarlo, mi perdición, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba y, finalmente, su disposición y gentileza, que, acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre y recatado corazón como el mío. Uame' a mi criada, para que en la tierra acompañase a los testigos del cielo, tornó don Fernando a reiterar y confirmar sus juramentos; añadió a los primeros nuevos sacrosantos testigos; echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometía; volvió a humedecer sus ojos y a acrecentar sus suspiros; apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado; y con esto, y con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo y él acabó de ser traidor y fementido. El día que sucedió a la noche de mi desgracia se venía aún no tan aprisa como yo pienso que don Fernando deseaba, porque, después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcauzaron.

VIGESIMO OCTAVO CAPITULO

Diga esta porque don Fernando dia püera por per-
 turre de mí, y por industria de mi damcella, que era
 la misma que allí le había traída, antes que amane-
 ciere se via en la calle. Y al despedirse de mí, aun-
 que no con tanto ahínca y vehemencia como cuando
 vino, me dijo que estuviere segura de su fe y de ser
 firmes y verdaderos sus juramentos; y, para más
 confirmación de su palabra, sacó un rico anillo del
 dedo y lo puso en el mío. En efecto, él se fue,
 y ya quedé ni sé ni triste a alegre; esto sé bien
 decir: que quedé confusa y pensativa y casi fuera
 de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve á-
 nima, a no se me acordó, de venir a mi damcella
 por la traición cometida de encerrar a don Fer-
 nando en mi mismo aparciento, porque aún no me
 determinaba si era bien o mal el que me había
 sucedida. Díjele, al partir, a don Fernando que por
 el mismo camino de aquélla podía verme otras
 noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él
 quisiere, aquel hecho se publicase. Pero no vino
 otra alguna, si no fue la siguiente, ni yo pude
 verle en la calle ni en la iglesia en más de
 un mes, que en vano me cancé en solicitarlo,
 puesto que supe que estaba en la villa y que las

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

más días iba a caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos días y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé a dudar en ellos, y aun a descreer, de la fe de don Fernando; y sé también que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprehensión de su atrevimiento antes no había oído; y sé que me fue forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasión a que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta y me obligasen a buscar mentiras que decilles. Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los nonrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron a plaza mis secretos pensamientos. Y esto fue porque de allí a pocos días se dijo en el lugar como en una ciudad allí cerca se habían casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar a tan noble casamiento. Dijose que se llamaba Luscinde, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiración.

Oyó Cardenio el nombre de Luscinde, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enar-

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

car las cejas y dejar allí a poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas. Mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo:

—Llegó esta triste nueva a mis oídos, y, en lugar de helárseme el corazón en oílla, fue tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traición que se me había hecho. Mas temíase esta flujía por entonces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fue ponerme en este hábito, que medio uno de los que llaman «zagales» en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Él, después que hubo reprehendido mi atrevimiento y alfeado mi determinación, viéndome resuelta en mi parecer se ofreció a tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer y algunas joyas y dineros, por lo que podía suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad a pie. Llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no a estorbar lo que tenía por hecho, a lo menos a decir, a Don Ferrando me dijese con qué alma lo había hecho.

Llegué en dos días y medio donde quería, y en entrando por la ciudad